

EL SULTÁN SOLIMÁN KAN EL LEGISLADOR

Una vida a caballo



Joyline

EL SULTÁN SOLIMÁN KAN EL LEGISLADOR

Una vida a caballo

En esta historia basada en hechos históricos, las escenas y los diálogos se han recreado de forma literaria.

Estambul aún no había despertado. En el patio del palacio, un caballo golpeaba el suelo con impaciencia. El mozo de cuadra revisó la silla por última vez. Al otro lado de las puertas, los soldados se preparaban, los carros de carga se alineaban y los estandartes se desplegaban con el viento de la mañana. Pronto comenzaría un largo viaje.

Cuando el sultán Solimán salió al patio, todos se volvieron hacia él. El joven sultán acarició el cuello de su caballo. Lo esperaban caminos que llevaría meses recorrer, ríos desbordados y fortalezas poderosas. Se enfrentaría a los ejércitos de otros reyes. En un viaje así, tendría que dirigir no solo sus propios pasos, sino también a miles de personas.

Puso el pie en el estribo y montó a caballo. Las grandes puertas se abrieron. El nombre del joven soberano que aquel día salía de Estambul llegaría a oírse en todos los rincones del mundo: **el sultán Solimán Kan, el Legislador.**



Solimán era hijo del sultán Selim el Severo. Desde niño había visto la responsabilidad que llevaba consigo ser soberano. En los libros abiertos ante él leía sobre las guerras del pasado y en los mapas buscaba ciudades lejanas. Pero lo que debía aprender no se limitaba a las guerras. También era importante escuchar a las personas, comprender los asuntos del Estado y expresar sus ideas con las palabras adecuadas.

Cuando era príncipe, ejerció sus funciones en Manisa. Allí valoró las noticias que llegaban y adquirió experiencia de gobierno. Después recibió la noticia de la muerte de su padre. Ahora la responsabilidad del Estado recaía sobre sus hombros.

En 1520, cuando subió al trono, era joven, pero el Estado que heredaba era inmenso. Junto a quienes confiaban en él, había soberanos que querían ponerlo a prueba. No tendrían que esperar mucho para saber qué clase de sultán era Solimán. Su primera gran campaña lo llevaría hasta Belgrado.



La fortaleza de Belgrado era como una poderosa puerta que se alzaba junto a los ríos. Tenía gruesas murallas, torres y soldados que la defendían. Había resistido los anteriores asedios otomanos. Solimán no se encontraba ante una puerta que fuera a abrirse con facilidad.

Cuando el ejército se acercó, el sultán examinó las murallas con atención. Para tomar una fortaleza no bastaban unos cañones potentes. Había que controlar los caminos, vigilar los ríos y situar a los soldados en los lugares adecuados. Con el paso de los días, el cerco se estrechó. Ni siquiera por la noche terminaba el trabajo en el campamento: se hacían los preparativos para el día siguiente.

En 1521, Belgrado fue tomada. El joven sultán Solimán había conseguido su primer gran éxito. Un importante paso hacia Europa estaba ahora en manos de los otomanos. Sus rivales comenzaban a comprender que tenían delante a un soberano que no iba a quedarse a la sombra de su padre.



Después de Belgrado, se dirigió hacia una fortaleza en medio del mar: Rodas. La defendían los caballeros de San Juan. Eran expertos en la guerra y contaban con sólidas murallas, profundos fosos y fuertes defensas.

El asedio se prolongó una y otra vez. Pasó el verano, cambió el tiempo y el cansancio se instaló en los rostros de los soldados. Una brecha abierta un día se reparaba al siguiente y, después de cada ataque, comenzaban nuevos preparativos. Solimán veía que aquella fortaleza podía tomarse con paciencia y cuidado. Al frente de su ejército, mantuvo el asedio.

Tras meses de lucha, en 1522 los caballeros se rindieron. Solimán se reunió con sus dirigentes y, según lo acordado, les permitió abandonar la isla. Había superado las poderosas defensas de Rodas. Ahora era un soberano cuyo peso se hacía sentir tanto en tierra como en las rutas marítimas.



En 1526, el ejército volvió a salir de Estambul. Esta vez, el camino llevaba a Hungría. Durante días, la lluvia azotó los caminos. Los arroyos crecieron y el suelo se convirtió en barro. Hacer avanzar los pesados carros de los cañones se volvió difícil. A veces, antes de llegar hasta el enemigo, los soldados tenían que luchar contra el propio camino.

Frente a Solimán estaba Luis II, rey de Hungría. El ejército del rey contaba con poderosa caballería acorazada, guerreros experimentados y tropas llegadas de distintos países. La carga a caballo de estos soldados era tan peligrosa que podía dispersar a las fuerzas que encontrara a su paso.

Por fin, el ejército otomano se acercó a Mohács. A lo lejos se veían las filas del ejército rival. Mientras los soldados de Solimán ocupaban sus posiciones tras la larga marcha, algo empezó a moverse en la llanura. La caballería húngara se preparaba para cargar. El gran enfrentamiento esperado estaba ya a las puertas.



Primero se oyó un rumor a lo lejos. Después creció el estruendo de los cascos. Los jinetes cubiertos de armadura aceleraban por la llanura, con las lanzas extendidas hacia delante. El polvo que se levantaba del suelo envolvía a los caballos que se acercaban.

En un momento así, un ejército dominado por el miedo podía perder el orden. En el ejército de Solimán, sin embargo, los comandantes conocían sus posiciones y las unidades se apoyaban unas a otras. Los primeros choques fueron violentos. La caballería húngara llegó a penetrar en las líneas otomanas. El peligro en el campo de batalla era real: la victoria aún no estaba en manos de nadie.

Solimán se encontraba en el centro. A su alrededor, la lucha continuaba con los jenízaros, los cañones y las demás tropas. La velocidad de los caballos, la potencia de las armas y la resistencia de los soldados se ponían a prueba en un mismo campo. En medio de todo aquello, el sultán tenía que mantener el orden de su ejército. De aquellos momentos difíciles nacería una victoria de la que se hablaría durante años.



A medida que avanzaba la batalla, el ataque del ejército húngaro perdió fuerza. La potencia de fuego y los contraataques otomanos hicieron efecto. Las unidades se dispersaron y la ventaja en el campo pasó al ejército de Solimán.

El 29 de agosto de 1526, la batalla de Mohács terminó con una gran victoria otomana. El rey de Hungría también perdió la vida durante la retirada. Aquella batalla breve, pero de enorme impacto, cambió el futuro de Europa Central. Solimán no se había enfrentado a una pequeña unidad, sino al gran ejército de un reino. Lo había derrotado.

Al caer la tarde, el ruido de la llanura dio paso a un silencio cansado. Los soldados se buscaban unos a otros y las unidades volvían a reunirse. Para Solimán, después de la victoria comenzaban nuevas preguntas: ¿dónde acamparía el ejército?, ¿cómo llegarían los víveres?, ¿cuál sería el siguiente paso? La labor del gran comandante no terminaba cuando acababa la batalla.



Después de Mohács, Solimán se enfrentó a los Habsburgo, una de las dinastías más poderosas de Europa. El dominio del emperador Carlos V se extendía por vastos territorios. Su hermano Fernando también quería gobernar Hungría. Solimán ya no luchaba solo contra fortalezas, sino también contra los planes de los grandes Estados.

En 1529 llevó a su ejército ante Viena. Pero las lluvias, las dificultades del camino y el invierno que se acercaba complicaron el asedio. La ciudad no pudo ser tomada. El sultán retiró a su ejército. En los años siguientes emprendió nuevas campañas; la lucha continuó en los campos de batalla, en las fortalezas y en las conversaciones entre embajadores.

No todas las puertas se abrían al primer intento. El poder de Solimán también se veía en su capacidad para enfrentarse durante largos años a rivales tan fuertes. Las cortes europeas observaban con atención hacia dónde marcharía. Incluso la noticia de los preparativos de una campaña hacía que en lejanas capitales se volvieran a hacer los cálculos.



Los caminos de Solimán también lo llevaron hacia el este. El Estado safávida era un rival poderoso. Las montañas, las grandes distancias y las necesidades del ejército dificultaban aquellas campañas. En 1534, Bagdad pasó a estar bajo gobierno otomano. En el oeste, el dominio otomano se amplió con Buda y otros centros importantes.

En los mares servía uno de los grandes comandantes elegidos por él: Jeireddín Barbarroja Pachá. En 1538, en Préveza, se enfrentó a la gran flota aliada dirigida por Andrea Doria. La victoria de Barbarroja aumentó el poder otomano en el Mediterráneo. Solimán no estaba a bordo de los barcos en aquella batalla: eran su flota y sus comandantes quienes llevaban adelante la lucha de su Estado en los mares.

Entre los principales lugares tomados durante su reinado estaban Belgrado, Rodas, Buda, Esztergom, Bagdad y Szigetvár. A cada uno de aquellos nombres del mapa se había llegado tras largos caminos, grandes preparativos y duras luchas.



Cuando regresaba a Estambul, junto a los mapas de las campañas llegaban ante él planos de edificios y documentos del Estado. El nombre de Solimán también sería recordado por las leyes, la arquitectura y la poesía. La mezquita de Solimán, construida por el arquitecto Sinan, se alzaba sobre la ciudad y expresaba con piedras y cúpulas el poder de su época.

En sus poemas utilizaba el nombre de «Muhibbî». En uno de sus versos había dicho: **«No hay en el mundo dicha como un aliento de salud»**. Es decir, afirmaba que en el mundo no había una felicidad tan grande como respirar con salud. Eran las palabras de alguien que conocía los largos caminos, el cansancio y la enfermedad.

Con el paso de los años, su barba se volvió blanca. Pero su nombre seguía pronunciándose en países lejanos con gran respeto y atención. En Europa lo llamaban **«Solimán el Magnífico»**. Ese nombre no hablaba solo de un palacio espléndido, sino de uno de los soberanos más poderosos de su tiempo.



En 1566 comenzaron una vez más en Estambul los preparativos de una campaña. El sultán que esta vez partía ya no era el joven Solimán que había marchado hacia Belgrado. Había superado los setenta años, estaba enfermo y había cargado con el peso de un largo reinado. Tenía que recorrer una parte del camino en carruaje. Aun así, emprendió su última campaña al frente de su ejército.

Szigetvár resistió con sus fosos y sus sólidas defensas. Mientras continuaba el asedio, la salud de Solimán empeoró. En septiembre murió en su tienda de campaña. La fortaleza fue tomada poco después de su muerte.

Durante sus cuarenta y seis años de reinado, había emprendido personalmente trece grandes campañas. Había pasado años de su vida a caballo, en los caminos del ejército y en los campamentos.

Así terminó el viaje del joven soberano que una mañana había montado a caballo en Estambul. Dejó atrás grandes victorias, un Estado que había ampliado sus territorios y construcciones que se alzaban hacia el cielo. Incluso siglos después, al pronunciar su nombre, se oía el mismo título: **Solimán el Magnífico.**

